Verdad Julio 8, 1951

Anecdotario Moral —

UNA PULMONIA FATAL

Por el P. Miguel Selga S. J.

En el corazón de un invierno duro, un cura quincuagenario predica con mucho fervor y entusiasmo en una iglesia de Roma: entre los fieles del auditorio hay uno que tirita de frío: el cura, aunque estaba él sudoroso, se desprende del propio manteo y cubre con él las espaldas del viejo desconocido: al retirarse a la sacristía, el cura Vicente Pallotti coje un aire frío, le sobreviene una pulmonía, diez después baja al sepulcro y cabalmente en el primer centenario de su muerte es elevado al honor de los altares por Pío XII.

Por espacio de medio siglo Roma admiró a este apóstol de la caridad, verdadero precursor de la acción católica, que ensayó prácticas por diez años, procuraba recreaciones honestas a los jóvenes, formaba centros de catecismo, organizaba patronatos para obreros y agricultores de la campaña Romana, fundaba escuelas de agricultura, llevaba la dirección espiritual de diversos colegios eclesiásticos de la ciudad eterna, visitaba buhardillas, hospitales y cárceles, asistía a los condenados hasta muerte, oía confesiones horas de la noche, hacía prodigios de caridad en los días calamitosos del cólera de 1837, caminaba por las calles de Roma con la cabeza descubierta, ligeramente echado para adelante y llevaba en la mano una imagen de la Virgen del *divino àmor*, que dab a besar a los que querían besarle la mano.

Este sacerdote santo, ante cuyo confesonario se veía a cardenales, como Lambruschini, Odescalchi, Polidori, almas santas como el beato del Bufalo, la venerable Santina y la beata Taigi, sacerdotes que habían de llamarse Gregorio XVI y Pío IX, fue enrolando en su apostolado, a fuerza del gran prestigio de que gozaba, a cardenales, miembros del clero secular y regular, comunidades de religiosas, profesores de universidades, médicos, abogados, obreros, artesanos. Al frente de este movimiento puso Pallotti una congregación de sacerdotes del apostolado católico; solamente diez eran los miembros al morir el fundador, entre los cuales cundió tanto desaliento que parecían abocados al fracaso. Pero y protección del beato Pallotti, el grano de mostaza se ha hecho árbol gigantesco, el número de religiosos pasa hoy de tres mil trescientos que habitan en 250 casas, esparcidas por 21 estados de Europa y América, Africa y Australia. Junto a ellos y bajo su inspiración se mueven 200,000 cooperadores seglares los cuales con sus oraciones, sacrificios y celo apostólico cooperan a la salvación de las almas. En los siglos XIX y XX tener cura de almas y cargo de predicación ha significado encontrarse en la vanguardia de la milicia de Cristo. Aspero y muy áspero fue para Pallotti y lo es para sus imitadores sembrar la buena semilla de Cristo entre ráfagas de viento, en medio de la agitación y disipación de las multitudes, en un terreno desecado por tantos cuidados puramente temporales, sombreado por las espinas de las pasiones, de las ambiciones y de las rivalidades: pero nada es imposible al dinamismo de la caridad, iluminada con fé profunda.